

T R A D U C C I O N E S

## **DEMARCACIONES**

Número 4 / mayo 2016

## La internacional de los buenos sentimientos (1946)\*

Louis Althusser

Todos hemos sido tocados en nuestro corazón por las palabras centrales de André Malraux: “Hacia el fin del siglo el viejo Nietzsche proclamó la muerte de Dios. Ahora nos corresponde preguntarnos si, de aquí en más, el hombre no está muerto”<sup>1</sup>. Cito de memoria, quizá estas palabras no sean exactamente las suyas. No olvidaré que entonces sentimos el vacío en nosotros. La masa humana que contemplaba desde las gradas de la Sorbona a este actor<sup>2</sup> trágico debatirse en soledad, de repente se dio cuenta de que ella misma estaba sola y que un pequeño hombre luchaba en el desierto de la conciencia gesticulando contra la muerte del hombre. “Es necesario reconstruir una imagen del hombre en la que el hombre se reconozca”. Lo patético de Malraux no estaba en esta muerte que anunciaba como inminente, sino en esta conciencia desesperada de la muerte habitando en un viviente. Incluso quienes entonces no compartían sus temores no pudieron apartarse de una terrible inquietud: no se ve impunemente a un hombre *tratar a su destino como a un enemigo*.

Ahora bien, en el mundo que nos ha cobijado, se ven cada día más claramente a más y más hombres romper los lazos silenciosos que los unían a su destino y maldecirlo. Dos años después de la más atroz de las guerras, sobre una tierra cubierta de paz y ruinas, en la bruma del invierno que se avecina ocurren silenciosos agrupamientos. Las murmuraciones que eran tapadas por el ruido de las armas, las protestas incomprendidas en el fragor de la guerra, se hacen perceptibles una vez que la calma ha sido restaurada. Son, fenómeno destacable, las viejas tierras europeas las que elevan las quejas de la paz. En el este, el inmenso pueblo ruso ha vuelto al trabajo y encuentra en el trabajo su reconciliación con la historia: “La angustia es un estado de ánimo burgués, nosotros reconstruimos” (Ehrenbourg).<sup>3</sup> En el oeste, Norteamérica intacta hace la cuenta de sus muertos y de sus victorias, prueba su fuerza futura en los aires y en los mares y se instala en el mundo tanto como en el futuro: el siglo norteamericano está ante ella, en el horizonte, como unas vacaciones: “Nuestro destino es ser Norteamericanos libres”. Seguramente el optimismo del esfuerzo y el de la libertad conservan su sentido para los franceses y los británicos, la mayoría de los cuales están buscando la razón<sup>4</sup> de la dura vida que llevan.<sup>5</sup> Sin embargo, es en medio de las ruinas “occidentales” donde el hombre percibe que la guerra de las armas y la guerra de los amos no tienen el mismo fin, y que la paz es tan asesina como la guerra y todavía más horrible en la medida en que el asesinato no se produce con el pretexto del estruendo. En Francia tenemos a Malraux, ya evocado por su discurso trágico, está

---

\* Este texto apareció originalmente en Louis Althusser *Écrits philosophiques et politiques*, Paris, Stock-IMEC, 1994, tomo I, textos seleccionados y presentados por François Matheron, pp. 35 -57. Agregamos las notas de la edición a pie de página, indicando entre corchetes cuando corresponden a Althusser. Es el caso en las páginas 297, nota 1; p. 303, nota 4; y p. 304, nota 1. Traducción castellana de Pedro Karczmarczyk (IdIHCS-UNLP-CONICET).

<sup>1</sup> Louis Althusser evoca aquí una conferencia sobre “El hombre y la cultura” pronunciada el 4 de noviembre de 1946 en la Sorbona por André Malraux, en el marco del “Mes de la UNESCO”. *Combat* ofreció una reseña de la misma el 5 de noviembre, citando en estos términos la frase evocada por Althusser: “Desde Nietzsche Dios está muerto, pero es necesario saber si en esta vieja Europa, el Hombre ha muerto también. La Europa de hoy no está más devastada, ni más sangrante, que la figura del Hombre”.

<sup>2</sup> Primera redacción “este pequeño actor”.

<sup>3</sup> *Franchise*, n° 3, ver nota ix. La frase exacta es “La angustia es un lujo burgués. Nosotros, nos reconstruimos”.

<sup>4</sup> Primera redacción: “encuentran allí el sentido”.

<sup>5</sup> Pasaje tachado en el manuscrito: “Pero es sin embargo de la vieja Europa que se levantan los lamentos de la laxitud y las revueltas de la consciencia”.

Camus,<sup>1</sup> con sus artículos de *Combat*,<sup>2</sup> donde la fatalidad captura al hombre en el asesinato y no lo libera más que en la muerte, tenemos a un Gabriel Marcel, enfurecido contra la modernidad del mundo y sus “técnicas de envilecimiento”<sup>3</sup>, tenemos al movimiento del “frente humano”<sup>4</sup> que cree poder detener la fatalidad de la guerra por medio de una acción moral internacional, tenemos ejemplos de éxito comercial como el número de *Franchise* sobre *Le temps des assassins*.<sup>5</sup> En Inglaterra es Koestler<sup>6</sup> quien denuncia la servidumbre de los hombres por los regímenes totalitarios y nutre con novelas el resentimiento de sus contemporáneos contra su historia. El extraordinario éxito de su obra prueba<sup>7</sup> que existe un amplio público dispuesto a acoger la maldición de estos profetas modernos. Y ciertos ecos venidos de Alemania hacen pensar que los vencidos sólo demandan sumar la voz de su muy buena conciencia a la voz de la mala conciencia de sus vencedores, que ellos también están listos para maldecir la última paz y a constituir contra ella una sagrada alianza de la protesta, en relación a la cual debemos preguntarnos cuál es su verdadero sentido. Puesto que nos encontramos ante un fenómeno de orden internacional, ante una ideología difusa, todavía no definida con precisión, aunque susceptible de revestir una cierta forma de organización, Camus piensa en la formación de grupos de protesta decididos a denunciar a la conciencia universal los crímenes contra los hombres; el “frente humano” piensa en utilizar el cine<sup>8</sup> o la radio para desviar a la humanidad

---

<sup>1</sup> No es una de las menores paradojas de nuestro tiempo que las protestas más elocuentes nos vengan de los más firmes en la guerra: Malraux y Koestler han combatido en las filas republicanas en España, Malraux ha participado en esta guerra, Camus fue un miembro admirable de la resistencia, lo mismo que muchos otros entre los mejores de estos cruzados modernos. Las armas depuestas son inquietantes. [Nota de Althusser]

<sup>2</sup> Albert Camus “Ni víctimas ni verdugos”, serie de ocho artículos publicados en *Combat* del 19 al 30 de noviembre de 1946 (retomados en Albert Camus *Essais*, Paris, Gallimard, La Pléiade, 1965, pp. 331-352)

<sup>3</sup> Ver por ejemplo el artículo “La propaganda como técnica de envilecimiento”, *Les nouvelles paroles françaises*, 9 de marzo de 1946, retomado en *Les Hommes contre l'Humain*, Paris, Éditions du Vieux Colomier, 1951, republicado en 1991 en las ediciones universitarias con un prefacio de Paul Ricoeur, o también, en la misma colección, ver “Técnica y pecado”.

<sup>4</sup> Movimiento que se presentaba como “nacido bajo la ocupación alemana, de las pruebas de un puñado de jefes que pertenecían al servicio nacional de los Escuelas Maquis”, el Frente humano ha publicado a partir de 1945 una decena de “cartas a los ciudadanos del mundo”, y muchos “fascículos de trabajo del Frente humano de los ciudadanos del mundo”, emanación del “Centro internacional de investigación y de expresión mundialista”, de allí su colocación bajo el patronato de Einstein, a quien se le atribuye la siguiente apelación: “Reclamo, de manera urgente, enviarme un cheque a mí, presidente del comité de la desesperación ante la investigación atómica”.

<sup>5</sup> *Franchise*, n° 3, noviembre diciembre de 1946. El número en su totalidad es presentado como una obra de teatro: “*El tiempo de los asesinos. Tragedia en cinco actos*, de Pierre Garigues, Louis Pauwels y Jean Sylveire”, teniendo por personajes a los colaboradores del número, entre los cuales se cuentan Albert Einstein (“El 23 de mayo de 1946... a la prensa”) Albert Camus (“Nuestros otros asesinos”) Emmanuel Mounier (“Movilización general”) Aldous Huxley (“El hambre”), Ilya Ehrenbourg (“No puedo decirte nada”), Gabriel Marcel (“Un solo recurso: la gracia”), Jean Paul Sartre (“La guerra del miedo”). En el “Telón”, que vale como editorial, se puede leer: “La inmensa multitud paga con su sangre y su hambre para aprender que la única realidad es su angustia y su miseria absoluta en una tierra en la que se multiplican en el saqueo principios políticos cada vez más “satisfactorios”... estamos en el borde extremo del abismo. Un pequeño número de hombres se agitan, fingiendo responsabilidad.”

<sup>6</sup> *El cero y el infinito*, trad. Francesa, Paris, Calmann-Lévy, 1945. Un ejemplar de *Le Yogi et le Commissaire* (Paris, Charlot, 1946) han sido encontrados en la biblioteca de Louis Althusser. *La Tour de Ezra* fue publicada entonces como folletín por *Combat*.

<sup>7</sup> Primera redacción: “es el signo”.

<sup>8</sup> Primera redacción: “piensa utilizar los medios de propaganda modernos como el cine...” En la primera “Carta a los ciudadanos del mundo” no fechada, pero probablemente impresa en 1946, se puede leer, en efecto: “es posible realizar en cuatro meses un film de una duración de cincuenta minutos que sea doblado y difundido en el mundo entero. Este serviría a millares de conferencistas militantes... En seis meses es posible realizar un diario y un semanario de los ciudadanos del mundo... Es posible lograr un núcleo de emisiones radiofónicas en algunos países y así hablar en las principales lenguas, a la totalidad de los hombres”.

de la guerra. Se percibe en estos intentos la búsqueda de una mentalidad, una intención<sup>1</sup> ávida de cuerpos, una ideología que a la vez quiere definirse, fijarse, y darse medios de acción. Si esta mentalidad es de carácter internacional, y se da nuevas instituciones, estamos yendo hacia una nueva "internacional". Tal vez no sea inútil intentar ver lo que ella recubre.

Esta "internacional" de la protesta humana contra el destino reposa en una toma de conciencia de la humanidad, como amenazada, y constituye frente a la amenaza una suerte de "proletariado" del terror. Mientras que el proletariado obrero se define por condiciones sociológicas, económicas e históricas, este nuevo "proletariado" se definiría por una condición psicológica: la amenaza y el miedo. Y de la misma manera en la que se ve una igualdad proletaria en la miseria y en la alienación obreras, a este *proletariado implícito* le correspondería la igualdad, aunque en la muerte<sup>2</sup> y en el dolor. Según nuestros autores, las últimas invenciones, sea en el átomo o en la tortura, *configuran de aquí en más la condición humana en la que los hombres son iguales*. Es una igualdad de hecho, que gobierna todos nuestros gestos, donde nosotros vivimos y circulamos, como sin saberlo un hombre vive y circula en la gravedad. Y así como la unidad del proletariado existía antes de Marx, pero no ha devenido conciencia<sup>3</sup> más que a través de Marx, de la misma manera, la unidad de la humanidad-proletariado por el terror no existe para nosotros en la conciencia sino por la revelación de nuestros modernos profetas. Se percibe en sus palabras el mismo patetismo histórico (o al menos así lo creen) que en las famosas consignas de Marx y Engels, el patetismo de todas las apelaciones a la conciencia (esta conciencia de la que Malraux demuestra que es nuestra única gloria y nuestro único bien en la "noche" en la que estamos), lo trágico de las palabras por las que los hombres son llamados a *nacer* a la verdad, a conocer su condición y a dominarla. Hombre conoce quien eres: tu condición es la muerte (Malraux), es decir, ser una víctima o un verdugo (Camus), ir hacia el universo de las prisiones y las torturas (Koestler), la de ir hacia la guerra atómica, tu destrucción total, o hacia el fin de lo que te hace hombre y que es más que tu propia vida: la mirada de tus hermanos, tu libertad, la propia lucha por la libertad. La humanidad, dice Camus, corre hacia el abismo como un tren a toda velocidad y los pasajeros prosiguen con sus bromas. Nosotros seríamos esos locos que se pelean al borde del abismo sin saber que *la muerte ya nos ha reconciliado*. Al ver a la humanidad perecer, ¿qué persona sensata podría todavía creer en la lucha de clases y en la revolución? El militante de un partido obrero moderno, al conocerse amenazado por la clase burguesa, ignora que está amenazado de muerte como hombre antes de estar amenazado por la servidumbre como obrero, que esta amenaza gobierna a todas las otras, que el proletariado de la lucha de clases es una distracción de la historia. Ya no hay, se nos dice sin rodeos, más que un recurso contra la catástrofe, la santa alianza contra el destino: *que los hombres aprendan, si estamos a tiempo, que sólo pueden ser divididos por el proletariado de la lucha de clases, y que ya están unidos, sin saberlo, en el proletariado del miedo o de la bomba, del terror y de la muerte, en el proletariado de la condición humana*.

El viejo proletariado "reducido" por el nuevo, tenemos entonces que preguntarnos por la esencia de este último. ¿Qué es el "proletariado" de la condición humana? Camus dice en *Combat*<sup>4</sup> que la condición del hombre moderno es el *miedo*, y en cierto sentido esta observación es incuestionable. Ella pertenece al orden de la experiencia cotidiana, y sea cual sea su causa, se puede aceptar como un *hecho histórico* que la humanidad vive en la aprehensión de este hecho. Pero es también destacable que las causas de este fenómeno auténtico sean difíciles de

<sup>1</sup> Primera redacción: "un comportamiento psicológico".

<sup>2</sup> Primera redacción: "ante la muerte y el dolor".

<sup>3</sup> Primera redacción: "no existe para el proletariado en la conciencia".

<sup>4</sup> El primero de los artículos de la serie *Ni víctimas ni verdugos* tiene por título "El siglo del miedo".

discernir y que el temor que atrapa a los observadores por su realidad los desconcierta por una especie de sinrazón interior. Hay una paradoja del miedo: las razones humanas no han influido en el mismo, se resiste fuertemente a la razón que lo examina y se deja definir con dificultad.<sup>1</sup> Retengamos que es, ante todo, un *medio psicológico* de carácter muy general. El miedo no está inscripto en códigos, ni fijado en instituciones: incluso ni siquiera habita como miedo los lugares donde reina, las prisiones, los campos de la muerte: el miedo habita al rico y al miserable, al libre y al prisionero, captura el alma de todo hombre sea cual fuera su condición jurídica o social, cada vez que este mira hacia su destino y *ve que su destino lo espera*. Bousset tuvo pensamientos intensos sobre este proletariado de la muerte al que la edad Media agrupó ante las piedras de las catedrales y que la historia reconcilia en la fraternidad del polvo. Lo que une a los hombres no es el hoy, donde el rico y el pobre no tienen el mismo hábito, es el mañana, donde serán cubiertos por la misma muerte, o sometidos a la misma tortura. Lo que los une es la espera de la igualdad ante el destino. *El proletariado de la condición humana es un proletariado del mañana*. Se podría aquí jugar con las palabras y decir que en este nivel de abstracción no se ve porqué, si se define la unidad humana por la inminencia de un destino común, no se conservaría también lo cotidiano de este destino: puesto que “llueve sobre los buenos y los malvados”<sup>2</sup>, hay también un proletariado de la lluvia y otro del buen tiempo, y puesto que el sol brilla para todos, hay un proletariado del día y de la noche, un proletariado del domingo, del lunes y del martes, pero no juguemos el juego del *Eclesiastés*.<sup>3</sup> <sup>1</sup>: si el miedo no tuviera otra

---

<sup>1</sup> Una página manuscrita anexada con un clip al texto dactilografiado ha sido encontrada en los archivos de Louis Althusser, probablemente destinada a ser insertada en el comienzo del párrafo siguiente: “Estas razones son fuertes. Ellas no tienen para sí mismas la apariencia de una lógica, sino el peso de una experiencia que revelan por un brusco esclarecimiento. Koestler, Camus, Malraux designan nuestra suerte, el mayor riesgo que la humanidad haya corrido alguna vez. Hasta aquí solo nuestras civilizaciones eran mortales: nosotros lo habíamos aprendido tarde, pero nos apuramos a extraer la lección que consiste en precipitar la muerte de las sociedades viejas e inventar otras nuevas. Hoy esos juegos se nos han acabado. La muerte no amenaza sólo a nuestras maneras de vivir, sino la vida en cuanto tal; ya no es cuestión de inventar nuevas costumbres, sino de mantenernos en la vida que, tan vieja como se la quiera reconocer, es la única que poseemos y no habrá segunda [sic]. Aquí nuestros profetas intervienen para designar el mal, pero también para mostrarnos el remedio en el propio mal. La conciencia de nuestra condición peligrosa alcanzaría para arrancarnos del peligro y reconciliarnos con nuestro futuro. La aprehensión en la que vivimos contendría con qué aniquilarse y liberarnos de sí misma. El destino que nos domina por medio del miedo podría sometérseos como un niño. Bastaría con convertir por una cura de conciencia y de alarma el contenido de nuestro temor en calma, superar el presente neurótico y extraer de la guerra futura que ya habitamos las propias promesas de la paz. Nosotros no creemos, sin embargo, que esta pretensión esté fundada y que sea posible curar a la humanidad por la palabra. El mal que la atormenta tiene causas más profundas que un trastorno de la conciencia y nosotros no consideramos que el tratamiento eficaz opere en el nivel de los fenómenos descritos. Dicho de otra manera, no creemos que la conciencia de un problema pueda provocar su desaparición si la conciencia se limita al problema puramente descrito, sin llegar hasta las regiones profundas desde la que éste surge. Antes de ir más lejos es necesario establecer este punto. Examinemos entonces en el nivel mismo del temor si el problema mismo puede transformarse a sí mismo, si contiene en sí mismo suficientes razones para exorcizarse, si, como el proletariado obrero, la humanidad puede liberarse de su condición de estar aterrorizada por su propia condición, en otras palabras, cuál es la realidad del miedo.

<sup>2</sup> Referencia a Malebranche, por ejemplo en las *Entretiens metaphysiques*, IX, párrafo XII, o al *Tratado de la naturaleza y de la gracia*, I, párrafo XIV. Althusser estuvo toda su vida fascinado por estos textos de Malebranche, que volverá a evocar en sus últimos escritos, ver Louis Althusser *Écrits philosophiques et politiques*, Paris, Stock-IMEC, 1994, tome I, textos seleccionados y presentados por François Matheron, p. 553.

<sup>3</sup> Pasaje tachado: “El mañana de la condición humana no es lo cotidiano, sino lo que vuelve a poner al hombre en cuestión, en lo que tiene de mejor, incluida su vida. Este extremismo no impide que estemos tratando aquí con una abstracción, y tal vez importe entenderlo, si como cristianos no queremos que se nos haga tomar la igualdad ante la muerte atómica por la igualdad de los hombres ante Dios, y el proletariado del miedo de 1946, por el proletariado del juicio final.”

realidad que el de ser un medio psicológico, una espera sin objeto, sería una abstracción irremediable. Pero es más que un medio, es también una reacción psicológica ante una cierta amenaza existente. Aquí su objeto se pega a él –entonces explota la paradoja del miedo: este objeto está, sin embargo, sea cual sea el grado de obsesión, siempre fuera del miedo y ante él. Esto es lo que distingue al proletariado obrero del proletariado del miedo. El obrero no es proletario por lo que le va a ocurrir mañana sino por lo que le ocurre a cada instante del día. Como lo dijo tan bien Camus en una oportunidad: “no hay mañana”, pero *el proletariado obrero es como el pan, cotidiano*. El proletariado es lo que carece de futuro, incluso del futuro del miedo. La miseria no es el temor de la miseria, ella está ahí y no se ausenta nunca, ella está en los muros, en la mesa, en las sábanas, en el aire que se respira y en el agua que se bebe, en el dinero que se gana, y en el que se gana a partir de ella, en los gestos mismos que la buscan; se está en la miseria como se está en la noche, como se pueden ver ciertas enfermedades en el sufrimiento, tan unidas a él que se convierte en su naturaleza. El hombre que tiene miedo vive contra un muro, dice Camus,<sup>2</sup> pero nosotros no queremos vivir como perros. El muro es un horizonte, es el único horizonte, pero al menos hay un horizonte.<sup>3</sup> *El temeroso vive ante el muro, el proletario está amurado*. En consecuencia no ve su destino ante sí, no toma la guerra que viene, ni las bombas que estallan en los mares lejanos como signos de la Fatalidad, no tiene miedo de la paz que ha conquistado, su condición es su trabajo, sus necesidades, su lucha cotidiana. *Él sabe que el mañana será un hoy y que el proletariado del mañana es hoy el escamoteo del proletariado cotidiano*.

---

<sup>1</sup> Una página manuscrita ha sido encontrada aquí, destinada sin dudas a reemplazar la versión dactilografiada. Althusser tuvo probablemente la intención de insertar este texto luego de la palabra “Eclesiastés”, aunque no lo indica explícitamente: “El objeto de nuestro temor no es el término lejano de la muerte al que, aunque llegue sólo un día, nos encaminamos todos los días; no es tampoco el simple medio de nuestra vida, el aire que respiramos, el espacio en el que nos movemos y que acompaña nuestros gestos, como el horizonte acompaña insensiblemente al caminante. Esta igualdad en una condición abstracta no nos molestaría en nuestras vidas más de lo que la igualdad del aire nos molesta para respirar, al menos que nosotros esperemos vivir para vivir y muramos del temor a morir. Nuestro temor es diferente a un simple medio psicológico: es una reacción psicológica contra una amenaza real, y de este modo vemos cómo su objeto se pega a ella. No capto la muerte en general, sino la muerte por la bomba, y de estos dos términos que pienso como necesariamente ligados, sé que uno existe realmente, incluso si ignoro el depósito geográfico. Es la bomba. Es la realidad de la bomba la que constituye la realidad de mi temor. Sin embargo, si examino con más cuidado, veo que la bomba considerada en sí misma es inofensiva. Ella es inofensiva en el momento en el que escribo porque su efecto no me impedirá, sin dudas, escribir. En consecuencia, es su significación, su destinación, su uso, los que son peligrosos. Pero de esta manera introduzco en la bomba misma una dimensión nueva, aquella por la cual ella comienza a importar en mi existencia. Ella me amenaza sólo si me señala, si puede alcanzarme, de manera que mi temor deviene una anticipación de la amenaza. El objeto de mi temor no es la bomba o la guerra, sino la bomba o la guerra posibles, es decir un acontecimiento que no existe aun cuando lo considero como posible. En fin, prosiguiendo mi observación noto que esta posibilidad no me toca mientras no la siento en mi propio cuerpo. El verdadero objeto de mi temor no es ya un objeto real (la bomba), ni un acontecimiento anticipado (su explosión), sino yo mismo como víctima imaginaria de este acontecimiento posible. No tengo miedo de la bomba como bomba, sino del destino que me espera en ella. No tengo temor de la guerra, sino del herido, del individuo, del hombre sufriente que va a hacer de mí. La guerra real no está verdaderamente en mi temor donde no encuentro más que mi cuerpo mutilado por la guerra. Soy en verdad el objeto de mi temor, yo mismo considerado en un sufrimiento por venir, no el yo real que soy en este momento, sino un yo imaginario. Debo considerar también que el objeto de mi temor no tiene la misma realidad que mi temor. Siento a este como una realidad cotidiana, pero el análisis no me muestra en él sino a una realidad imaginaria.”

<sup>2</sup> “Vivir como un muro, es la vida de los perros. Y bien, los hombres de mi generación y de aquella que entra hoy en los *ateliers* y las facultades, han vivido y viven más y más como perros” (Albert Camus, *Essais*, Gallimard, La Pléiade, p. 331.)

<sup>3</sup> Pasaje tachado: “el verdadero proletariado no llora su verdadera condición, porque no está *ante* él, sino él está en ella, como en su naturaleza”.

Agreguemos, el miedo y su objeto no son del mismo orden, por lo que nos percatamos que una dialéctica del temor es impensable. El temeroso es uno con el objeto de su temor, pero el objeto de su temor no tiene en ella la misma presencia que su temor: no tengo miedo del otro como otro, sino que tengo temor del destino que me espera en el otro. No tengo miedo de la guerra como guerra, sino del herido, del inválido, del hombre sufriente que la guerra va a hacer de mí. La guerra no está verdaderamente en mi miedo, donde no encuentro mi cuerpo mutilado por la guerra. El verdadero objeto de mi temor *soy yo mismo imaginado en un sufrimiento por venir, es decir, no otro sino yo mismo, y no un yo real sino un yo imaginario. El contenido del temor es un imaginario, un no existente*: es la razón de que, a la inversa del proletariado que encuentra en el proletariado el medio de liberarse, *el temeroso no puede hacer que el objeto de su temor sea el término de su temor*.<sup>1</sup> El prisionero puede evadirse porque su condición es objetiva, los barrotes existen realmente, los verdaderos barrotes se rompen: ¡la libertad está en nosotros! El temeroso es un prisionero sin prisión ni barrotes, es su propio prisionero y las amenazas hacen guardia en su alma. Es una aventura sin salida, puesto que uno no se evade de una prisión sin barrotes: *el temor es una cautividad sin evasión*.

La servidumbre, en cuanto tal, tiene un contenido: es el dominio y el trabajo. Mientras que el temor sólo tiene un objeto imaginario, la condición obrera aprehende en la dominación del mundo capitalista un objeto real que es el fundamento de la dialéctica real y el medio de la liberación del proletariado. Dicho de otra manera, *la servidumbre puede ser convertida en libertad mediante la reflexión sobre su propio contenido, y la superación de su contenido por la acción*. No hay liberación del temor por medio de la conciencia del temor.<sup>2</sup> *Al contrario, la servidumbre es un cautiverio del que uno se evade, porque es una verdadera prisión, con muros y barrotes genuinos*. Es la razón por la que la angustia no es la suerte del proletariado, *no se libera uno de la condición humana, pero sí se libera uno de la condición obrera*. Poco importa el precio y el padecimiento que se pagará por esta liberación, por lo menos se sabe que es posible, que el hombre puede reconciliarse con su destino y vivir, en la espera, no ya del fin de los tiempos, sino de la libertad, no ya en la desesperación y en el absurdo, sino en la esperanza. El proletariado prueba cada día la realidad concreta del contenido de su condición, cada día si se empeña en superarla, y esta prueba cotidiana es una doble prueba en la que su lucha no se bate contra sombras, sino con un objeto real, y este objeto, en la medida en que existe y resiste, puede ser superado. Esta es la razón por la cual esta condición es dialéctica, puesto que *ella puede transformar su contenido y transformar una servidumbre concreta en libertad concreta*. Notemos finalmente que la comunidad en la reacción del temor y en la condición proletaria no tienen el mismo sentido. La aprehensión es una espera colectiva, *un advenimiento* [un avent], en el cual los entes están unidos en espíritu, pero no en verdad, y están tanto más perplejos cuanto que *ya habitan el mismo vacío*. Pero no se puede permanecer interminablemente fuera de la verdad, y a falta de tenerla, el temeroso provoca la verdad de su temor: a Alain le gustaba mostrar que las guerras son mitos provocados, que nacen del miedo a las mismas, como los pecados. Esta comunión catastrófica es la de la manada, donde cada uno acaba temiendo a un objeto que no existe más que por el temor del otro, donde nadie se da cuenta del objeto inexistente del temor, se trata del pánico, ese malentendido. La historia nos ofrece bastante ejemplos, desde el gran temor del año mil a

<sup>1</sup> Aquí debía insertarse el fin del texto manuscrito citado en la nota XXI.

<sup>2</sup> Pasaje tachado: "Al contrario, el esclavo que se sabe esclavo se sabe por ello amo del amo y se sabe amo de su servidumbre, no sólo en su alma sino en la vida, puesto que el amo está a su merced si el deja de trabajar: su servidumbre está en consecuencia a su merced. El temor no está a merced del temeroso: no se llora contra la noche más de lo que se perfora el cielo con flechas. Uno no se evade del temor y es por ello que la condición del hombre comprometido contra su destino es trágica, somos los verdugos o las víctimas, pero ya no somos hombres."

aquel de 1789, de las bancarrotas del siglo XIX a los pánicos atómicos de las emisiones radiofónicas, en fin, este pánico difuso en el que vivimos y que precipita actos desconsiderados como ese número de *Témoignage chrétien*<sup>1</sup> sobre la guerra de los quince días. Esta fraternidad apocalíptica está hecha de mero lenguaje. Se pueden ahora encontrar antecedentes en ciertas fórmulas de *L'Espoir*, acaso el libro más sombrío<sup>2</sup> de nuestro tiempo: ¿se puede hablar aun de una "fraternidad más allá de la muerte"? El temor no es una patria, tampoco el coraje (lo hemos aprendido de los fascistas que se excusan hoy día por el coraje), más aún, *la condición humana no es una patria humana*. Acaso es la patria de los hombres bajo la mirada de Dios, y nosotros llamamos a esta condición pecado original, porque somos cristianos. Para el hombre no cristiano, y para el cristiano que usurpa el lugar de Dios, la patria humana no es el proletariado de la condición humana, es el proletariado a secas conduciendo a toda la humanidad hacia su liberación. Este proletariado tiene un contenido real. Hablando de los socialistas franceses, Marx escribía en 1844: "con ellos la fraternidad de los hombres no es una simple fórmula, sino la verdad"<sup>3</sup> De allí en más la fraternidad ya no está para nosotros en el temor o en el lenguaje, no puede estar en ninguna otra parte que en la verdad.

Nosotros podemos afirmar aquí que el "proletariado de la condición humana" (bajo su forma presente, la del temor), no sólo no pone en cuestión la realidad del proletariado obrero, sino más aún, que se revela al análisis como una abstracción, es decir, sin otra realidad que la del discurso y la de la intención. *El proletariado del temor es un mito, pero un mito que existe, y es crucial que sea denunciado como tal por los cristianos*. Puesto que creemos como cristianos en la condición humana, creemos, para decirlo de otra manera, en la igualdad de los hombres ante Dios, y ante su Juicio, *pero nosotros no queremos que se escamotee el Juicio de Dios, y los no cristianos y a veces los cristianos, cometen el sacrilegio de tomar a la bomba atómica por la voluntad de Dios, la igualdad ante la muerte por la igualdad ante Dios* (lo decimos puesto que ahí están Bousset y los predicadores), *y las torturas de los campos de concentración por el juicio final*. Ahora bien, los cristianos están más expuestos a ser víctimas de este chantaje de la confusión de los términos: cuando se les habla de la igualdad de los hombres en su condición desgraciada, ellos entienden esta verdad psicológica como una verdad religiosa, cuando los locos anuncian el fin de los tiempos y la explosión del planeta, ellos tienen en la oreja a San Juan y el Apocalipsis; basta jugar con el equívoco religioso para engañarlos como a niños. Lo que uno puede leer y colegir en el género teológico de la bomba atómica va más allá de lo imaginable, y no han faltado incluso los discursos de Churchill y Truman como representantes de la "civilización cristiana"! En la medida en que cree que la política se ha convertido en religión, Gabriel Marcel entra en trances proféticos: "...esta guerra, si tiene lugar, será en realidad un crimen bilateral. Pero la noción paradójica de crimen bilateral requeriría ser enterrada. Ella parece confundirse con la noción de pecado. Uno estará así llevado a transportarse al plano religioso... ¿No llegamos a este momento de la historia en el que el pecado coincide completamente con su propio castigo y se presenta como la propia expresión de la cólera de Dios?<sup>4</sup>" Gabriel Marcel, un perplejo que busca las razones de su confusión, es lo bastante agudo como para encontrar las verdaderas.

<sup>1</sup> *Témoignage chrétien*, 3 de febrero de 1946. Se trata del segundo volante de una serie de dos artículos firmados "Témoignage chrétien" "¿A dónde va Francia?" En este texto, titulado "La guerra está en nuestra puerta" se puede leer, por ejemplo: "En realidad la guerra está en nuestra puerta y si los acontecimientos casi milagrosos no se interponen de aquí a algunos meses, Francia volverá a experimentar los horrores de la guerra y de la ocupación."

<sup>2</sup> Primera redacción: "desesperado"

<sup>3</sup> Marx, *Manuscritos de 1844, Éditions Sociales*, 1962, p. 108 : citado por Althusser en la edición Costes (Karl Marx *Oeuvres philosophiques*, t. IV, Paris, Alfred Costes editeur, p. 64)

<sup>4</sup> Gabriel Marcel "Un solo recurso: la gracia", *Franchise*, n° 3, ver nota IX.



Mauriac es desconcertante y de una ingenuidad desalentadora, la infancia es en él un estado crónico, confiesa su fe según San Koestler con el ardor de un converso, descubre la pasión en el proceso de Moscú, y divide buenos y malos como se corta una manzana.<sup>1</sup> No nos dejaremos impresionar por el talento<sup>2</sup> de estos novelistas devenidos profetas, ni por el encuentro de un tema común entre los cristianos y los no cristianos. Si Camus y Mauriac hablan al unísono,<sup>3</sup> sabemos muy bien que las palabras no tienen el mismo sentido para ellos, y si ellos son sinceros (cosa que yo creo), se engañan sin saberlo, y además nos engañan a nosotros. *Este falso fin del mundo está poblado de falsos profetas que anuncian falsos cristos y designan el acontecimiento [événement] como el Advenimiento [Avènement]*. Sabemos por Cristo que es necesario cuidarse de los falsos profetas y que ellos aparecen también en las cercanías del Fin. La paradoja es clara, el fin que está cercano para los cristianos no es el fin de los falsos profetas de la historia.

Si esta "internacional" de la protesta no tiene para nosotros ninguna significación religiosa, ello no quita que sea un acontecimiento histórico, destacable en la medida en que no se justifica por sí mismo, ya que descansa sobre un mito. He aquí un fenómeno real, sin necesidad interior. Es una ideología, es decir, un movimiento de opinión incomprensible históricamente si no recurrimos al contexto en el que aparece. Hemos mostrado que esta ideología no pone en cuestión las distinciones reales de la historia, ya que su contenido es imaginario. Nos queda entonces confrontar esta ideología con la historia en la que ella se exhibe y elucidar la razón de este imaginario en una historia verdadera.<sup>4</sup>

Retengamos en primer lugar, para explicarlos, los desequilibrios de la guerra. No se pasa sin riesgos de la lucha a la paz. La guerra alimenta a la guerra, la paz es en primer lugar el vacío y el vértigo ante la vida. Aquellos para quienes la guerra es una patria entran a la paz como a un desierto: la juventud alemana no sabe qué hacer con sus brazos, carece de futuro, porque la paz es, allí, un territorio desconocido. Incluso entre los vencedores, muchos no reconocen en la paz lo que habrían querido en la guerra, porque han aceptado la guerra por razones de coraje y de moral que no encuentran en la paz, o porque reniegan en la paz de las consecuencias de una guerra que han aceptado.

Los que han aceptado los campos de concentración (hablo de los fascistas) y los que han aceptado los 300.000 muertos de Hamburgo (hablo de los Aliados), aquellos que han

---

<sup>1</sup> Ver por ejemplo "La vocación traicionada" editorial de *Figaro* del 3 de diciembre de 1946, en el que Mauriac cita largamente a Koestler: "Sólo hay dos concepciones de la moral humana y ellas son polos opuestos. Una de ellas es cristiana y humanitaria, declara sagrado al individuo y afirma que las reglas de la aritmética no deben aplicarse a las unidades humanas... La otra concepción parte del principio fundamental de que un fin colectivo justifica todos los medios, y no sólo permite sino que exige que el individuo sea subordinado y sacrificado a la comunidad, la cual puede disponer de él, sea como de un cobayo que sirve para un experimento, sea como de un cordero ofrecido en sacrificio."

<sup>2</sup> Primera redacción: "por estos grandes nombres ni por el talento..."

<sup>3</sup> Una viva polémica respecto de la depuración había opuesto a Mauriac y Camus en octubre de 1944.

<sup>4</sup> Añadamos que esta empresa es peligrosa y que no pretendemos llevarla a cabo en algunas pocas páginas. La falta de perspectiva y de información son excusas validas que habrían podido detenernos en la publicación de estas observaciones, si no hubiéramos creído necesario llamar la atención sobre un movimiento de opinión bastante extendido en la actualidad, para inspirar la inquietud o al menos la reflexión. Por otra parte, está muy claro que toda reducción de la protesta humana a causas psicológicas o políticas, aunque oscuras, debe golpear la conciencia de todas las personas honestas a las que les resultaría absurdo suponer que el peligro de la perversión de su protesta pueda desaparecer. Hoy todos tienen la pretensión de demostrar el engaño acerca de las intenciones, el sentido y las consecuencias [de los actos], el mundo está repleto de adivinos más o menos cómplices con la historia. Hay algo saludable en la reacción de los protestones, nos hacen falta protestones, pero se puede también desear que ellos pongan atención en el destino de sus generosas palabras, o bien, si están tan absorbidos en la pureza, que permitan a los extraños que los quieren bien, señalar los peligros donde se discierne un mal interior. [Nota de Althusser]

experimentado la muerte de millones de seres en la servidumbre, y aquellos que han aceptado, contra los dictados de su "corazón", ser "asesinos" para evitar la continuación de la masacre, aquellos que asumieron la responsabilidad de su muerte, y de la muerte de los suyos y de la de sus enemigos, para que la vida se haga posible, aquellos que, de un lado y del otro cargan con la responsabilidad de millones de muertos, aunque en un sentido opuesto, puesto que unos por la servidumbre y otros por la liberación, han vuelto tal vez en la paz a curiosas lamentaciones comunes. ¡Somos todos asesinos, se lamenta Camus! Creo que "Europa" puede reconciliarse en esta evidencia y los primeros en comprenderlo son los que quieren hacerse, con Camus y contra él, una buena conciencia a un buen precio. Somos todos iguales por nuestros crímenes, dirán ellos, todos iguales porque hemos matado, ¡hemos aquí absueltos por el crimen, confundidos por el crimen, reconciliados por el crimen! Una monstruosidad semejante no puede comprenderse sin remordimiento. Y cuando uno se entera del eco que encuentra en Alemania, y la perversión religiosa de esta absolución laica retomada por las Iglesias alemanas, uno se pregunta si las palabras y los actos tienen aun realmente un sentido, si para la mirada de los hombres *matar para servir y matar para liberarse son el mismo acto de matar, si en definitiva el hombre se define por las razones para vivir y para morir que lo hacen hombre, o por la vida y la muerte que lo hace perro*. Ninguna muerte está más allá de las razones para morir, son estas razones las que juzgan a nuestros muertos y separan los cadáveres unidos por la podredumbre. *Pero esta unión en la muerte es la podredumbre misma y es una podredumbre todo lo que ella instaura en el espíritu del hombre*. Es necesario a toda costa salir de esta vergüenza: no somos perros, como no son perros quienes le han arrancado al fascismo esta libertad para todos nosotros, ¡esta libertad que aceptamos sin preguntar cuánto ha costado, sin recordar que si algunos hombres han muerto contra ella, otros han muerto por ella! ¿A quién beneficia esta confusión? Evidentemente a los muertos en la guerra por la esclavitud, a quienes en sus países conservan su memoria y también a aquellos que en algunos países quieren comprar por medio del perdón a los mercenarios de la próxima guerra...

Esta misma voluntad de ocultar en un mito confundente las verdaderas razones y las realidades presentes se vinculan también con la reacción ya señalada hacia el fin de la guerra. Uno duda de que una guerra comience con su declaración; *todavía no se sabe que ella no termina con el armisticio*. La esencia de la paz y la de la guerra serían distintas; la muerte en la guerra puede ser artificial, en la paz debe ser natural (¡Camus habla de suprimir la pena de muerte!) ¡Las leyes de los dos géneros serían tan diferentes que uno saldría de la guerra como un niño sale del juego, cambiando de regla, o gritando "Pido"[Pouce]! Se encuentra uno hoy con gente con la mejor voluntad que insiste en que la guerra ha terminado, que es necesario guardar su reglamento, sus armas, sus métodos, que esta paz no es la paz, porque uno no sólo se prepara, sino que continúa la guerra, que la paz no ha abolido los campos de concentración, que ella mantiene los antagonismos sociales, que el hombre tenía merecido vivir en la calma pero que la lucha continúa. Contra este escándalo de la guerra en la paz sólo habría una respuesta: la protesta, el grito de la conciencia moral –y así reencontramos nuestra internacional de los buenos sentimientos, entre todos aquellos que han renunciado a encontrar la paz en y por la acción, que quieren obtener *inmediatamente*, a través del grito, lo que su paciencia un poco corta no ha logrado, los sinceros (generosas naturalezas religiosas perplejas en la política), los indignados, los impacientes, los maníacos de la persecución (y no los perseguidos). Estas buenas voluntades son, cuando se las comprende bien, mistificadas e inoperantes en lo

---

<sup>1</sup> Provisoriamente, es cierto, y como terapia. [Nota de Althusser]

inmediato. “No son aquellos que lloran Señor, Señor...”<sup>1</sup> *Cuando no se hace otra cosa que invocarlos, no se sirve al señor que se invoca, sino a otro, que no se invoca.* Y cuando uno ve que Koestler en su prédica a la “izquierda europea” propone el ejemplo y el ideal del laborismo inglés en el poder, que Malraux produce mitos brillantes con el tema del bloque occidental (es necesario salvar la libertad del mundo contra Norteamérica y la URRS), y que Mauriac le da a Leon Blum<sup>2</sup> la investidura de bienpensante,<sup>3</sup> uno se siente inclinado a preguntarse si estos desesperados no tienen en realidad una esperanza oculta, si no sirven a una causa y a un señor que no invocan: la causa de un socialismo “occidental” sin lucha de clases, es decir, la causa de una Europa unida en un socialismo verbal y moralizador que escamotea los antagonismos sociales, manteniendo bajo concepciones de forma al capitalismo en lo esencial de sus posiciones. En cuanto al señor no invocado, podría muy bien ser ese capitalismo que, como se lo ve en Inglaterra,<sup>4</sup> instala al socialismo en el gobierno como la mejor garantía contra el socialismo en la economía, que desearía extender este sistema al resto de Europa este sistema de protección contra el comunismo. Aquí se percibe acaso la significación objetiva del fenómeno que nos ocupa, y el sentido de esta excitación en la guerra, de esta neurosis atómica venida del otro Atlántico, alimentada por las informaciones norteamericanas, por Bikini<sup>5</sup> cuyos sentidos son arrancar a los hombres de su viejo mundo, de la realidad misma de su existencia, de su lucha cotidiana, política y social, para fijarlos en los mitos del temor.

Esta reflexión no toca en nada a los cristianos como cristianos, pero querría alcanzarlos como hombres. Esta gigantesca operación que denunciamos (consciente o inconsciente, poco importa), tiende a representar *al hombre que no puede reconciliarse con su destino, que no logrará dominar su técnica, que será destruido por sus propias invenciones, al que su trabajo, lejos de liberarlo, lo serviliza y lo mata.* Es el tema del aprendiz de brujo –y de la infancia que invade al mundo, duplicado de un pesimismo político (el hombre no es adulto, no se puede confiar en el hombre para salvar al hombre) que las buenas almas comprenden de manera religiosa. La desgracia de esta moral es que son hombres los que la hacen para otros hombres, los que la inspiran, o los que aceptan que se la expanda. La desgracia es que estos buenos apóstoles son precisamente aquellos que tienen desde el fin de los tiempos el mayor de los intereses en desalentar a la humanidad acerca de sí misma y de su destino, y particularmente en desalentar a aquellos de entre nosotros que ya han comenzado a reconciliar a la humanidad con su historia. Estos<sup>6</sup> consideran que depende del hombre que la técnica lo libere en lugar de servilizarlo, que su trabajo lo afiance en lugar de destruirlo: sería monstruoso que el hombre que descubre la energía atómica no descubriera también la manera de utilizarla para el beneficio del hombre. Pero esta desviación atómica no es nueva: la bomba sólo es un producto del trabajo humano, y *el mundo en el que la humanidad tiembla ante su obra es la imagen desmesurada de la condición proletaria en la que el trabajador es sometido por el producto de su propio trabajo;* es simplemente el mismo mundo.

<sup>1</sup> *Evangelio según san Mateo*, 7, 21: “No es el que dice ¡Señor!, ¡Señor! El que entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre del cielo.” (En la edición Segond, de la que se ha encontrado un ejemplar en la biblioteca de Althusser, conteniendo, curiosamente, una fotografía de André Gide)

<sup>2</sup> Léon Blum fue elegido presidente del gobierno el 17 de diciembre de 1946. En su editorial de *Figaro* del 19 de diciembre (“La inconsecuencia comunista”), Mauriac escribe: “No es porque pasa por moderado que un socialista es acogido sin desconfianza por la Asamblea y por los países, sino porque le da a la palabra República, a la palabra Democracia, el sentido que también nosotros le damos. Los motivos de sus actos en el gobierno nos serán fácilmente descifrables. Sabemos que él puede engañarse, pero no engañarnos.”

<sup>3</sup> Pasaje tachado: “Camus toma prestadas las razones del futuro a la conciencia alemana.”

<sup>4</sup> Los laboristas ganaron en las elecciones legislativas del 5 de julio de 1945.

<sup>5</sup> Referencia a la primera explosión nuclear norteamericana en el atolón de Bikini el 1° de julio de 1946, ante los periodistas del mundo entero, convocados para la ocasión.

<sup>6</sup> Pasaje tachado: “(los marxistas y sus compañeros cristianos y no cristianos)”

Aquí se aprecia cuál “proletariado” subsume al otro, se adivina también de donde puede surgir la solución ofrecida a la voluntad humana: la vía de la reconciliación del hombre con su destino es esencialmente aquella de la apropiación de los productos de su trabajo, de su obra en general, y de su historia como de su obra. Esta apropiación supone el paso del capitalismo al socialismo por la liberación del proletariado obrero, que no sólo puede liberarse él mismo por este acto, sino que puede incluso liberar a la humanidad entera de su contradicción, y por lo demás, del espanto apocalíptico que la asedia. El destino es la conciencia de sí como si fuera un enemigo, decía Hegel<sup>1</sup>. *Nosotros esperamos el advenimiento [avènement] de la condición humana y el fin del destino*. Pero conocemos el precio de este esfuerzo y la lucidez que requiere. La solución ocurrirá sólo en la lucha, pero nosotros no tenemos la ingenuidad de creer que la guerra no habita la paz, al contrario, nosotros<sup>2</sup>

(...)

En este combate lucharemos también contra los mitos que quieren robarnos la verdad: tenemos hambre de verdad y la amamos como al pan, cuyo gusto ella posee. No rechazamos a la buena voluntad en este combate, *pero nos hacen falta camaradas que tengan la voluntad de ver y de entender. Ellos no son los sordos y los ciegos que guiaron a los hombres hacia la amistad con su destino*.

---

<sup>1</sup> Hegel, *El espíritu del cristianismo y su destino*, ver la traducción de Jacques Martin, Paris, Vrin, 1948, p. 53.

<sup>2</sup> La última página del texto encontrado en los archivos Louis Althusser está desgarrada, faltándole una parte.